

bosquimán penetró más que ningún otro pueblo en los secretos de la rica naturaleza que le rodeaba y fué el único de la tierra que usó como armas las flechas envenenadas.

El veneno de las flechas bosquimanas es sumamente activo, matando en pocas horas á los animales más corpulentos: acerca de su preparación, nada seguro se atreve á decir G. Fritsch, que es, de los modernos exploradores del Sud de África, el que más conoce las ciencias naturales y la medicina. Su preparación — dice — es un secreto, pero los autores convienen en que el elemento principal del mismo es el veneno de la serpiente, que se forma con el jugo de las euforbiáceas (especialmente con el de la *Euphorbia candellabrum*, con el cual los ovahereros envenenan también sus flechas y los bergdamaras los charcos á donde van á abrevar las fieras) y con el jugo de un bulbo, la amarilis venenosa (*Hæmanthus toxicarius*), sustancia más viscosa que venenosa que no puede, por tanto formar la parte principal del veneno de las flechas. Que la amarilis venenosa es inofensiva, lo demuestra el hecho de que los bosquimanos utilizan el jugo de la misma para barnizar sus vasijas. Por regla general, los bosquimanos sólo usan las flechas envenenadas contra los animales carnívoros, y hay escasísimos ejemplos, amén de los casos de defensa necesaria, de que hayan sido con ellas heridos los europeos: con más frecuencia perecen, por tales flechas alcanzados, los pastores hotentotes y otros hombres de color, á quienes dan los bosquimanos muerte para apoderarse de sus rebaños. Cuando á consecuencia de haber avanzado cada día más los blancos comenzó á escasear la caza, hasta ser insuficiente para el sustento de ese pueblo, hizo el bosquimán del robo de ganados su ocupación favorita, sin querer reconocer que fuese cosa injusta. En esto se parecen á otros hombres naturales que no consideran el robo de reses y especialmente de caballos, delito tan grave como lo reputan los blancos. En cambio, respetan otros muchos objetos que podrían con facilidad apropiarse; y esto se explica teniendo en cuenta que estos pueblos suelen, desde los primitivos tiempos, considerar como su propiedad más libérrima todo aquello que con forma animada existe sobre la tierra ó por ella cruza ó vuela. ¿Por qué han de retirar la mano de una oveja ó de un buey que sólo se diferencian de la gacela ó del gnu por la forma ó por una marca especial que en ellos ha impreso, con un hierro candente, uno que se llama su propietario? ¿Quién sabe si en esto entra por algo cierta herencia de ideas á cuya fuerza legal natural no pueden sustraerse estos hombres naturales!... Pero sea de ello lo que fuere, es ciertamente lamentable que el robo de rebaños fuera la causa principal de que los bosquimanos hubiesen sido declarados, primero por los hotentotes y luego por los boers, fuera de la ley y por ellos cazados, perseguidos, cogidos y fusilados «como fieras en las malezas.» Barrow, Sparrmann y sus contemporáneos refieren una porción de historias de cazas de bosquimanos llevadas á cabo por los boers, y por muy crueles que parezcan algunos detalles, están tan en armonía con la opinión que de los bosquimanos tienen formada, no sólo los boers, sí que también otros pueblos sedentarios del Sud de África, que no hay motivo alguno para ponerlos en duda. Según Barrow, el título de buen «*op het spoor*», es decir de «rastreador de bosquimanos», era tenido en tanta estima como el de buen cazador. Sparrmann refiere las cazas de bosquimanos organizadas por los boers para coger nuevos siervos, y dice que aun cuando no sientan la necesidad de proporcionárselos disparan sus armas contra todo bosquimán libre que á su paso encuentran y, si se les escapa, lo persiguen á caballo y con perro como si se tratara de un animal cualquiera. Algunas veces les roban á sus niños

para apoderarse de las madres, las cuales, llevadas de su amor maternal, acompañan á sus hijos en la esclavitud. ¿Quién puede medir hasta qué punto constituye esto una represalia? Es un hecho que, al formarse la república del Transvaal, los boers evitaron extenderse por la parte Nordeste de la misma, porque en ella estaban expuestos, casi indefensos, á las rapiñas de los bosquimanos, á los cuales apenas podía darse caza en sus guaridas de las montañas de Draken. Sucedió varias veces que estos ladrones desapa- recieron llevándose consigo 400 ó 500 cabezas de ganado, pero habiendo dejado marcado el camino por las reses que sucumbían ó por las que eran muertas, fueron perseguidos por jinetes doce horas después de ocurrido el hecho. A tales armas corresponde una lucha cuya parte principal se funda en el arte de cubrir el cuerpo. Los bosquimanos podían demostrar también en este punto lo familiarizados que se hallaban con la naturaleza que les rodeaba, y no dejaron de hacerlo. Así, por ejemplo, refiere Lichtenstein que en un desfiladero (*poort*) por donde pasó, encontró un grupo de bosquimanos escondidos detrás de unas rocas de un color igual al de sus cuerpos, y que desde este peligroso escondrijo hacían uso de sus flechas, más peligrosas todavía. Acosados por todas partes, hacían de estas cualidades sus más preciados medios de acción, y á pesar del desprecio que inspiran han desempeñado un papel importante, como descubridores de senderos y combatientes de emboscada, en la historia de las tribus sud-africanas. En la campaña contra Langalibalele procuraron los ingleses asegurarse el servicio de un bosquimán llamado Quing, que estaba, como cazador, al servicio de Nquasha, hijo de Morosis: éste, empero, se negó á deshacerse de aquél, por miedo de perder sus utilísimos servicios. También se afirma que, en cierta ocasión, una horda de bosquimanos salvó á los basutos, á quienes los tschakas habían puesto al borde de la perdición y que á causa de haber perdido sus rebaños, estaban amenazados por el hambre. Los bosquimanos con su habilidad cinegética les proporcionaron el necesario sustento en aquel calamitoso período.

Además de las flechas envenenadas, tienen los bosquimanos como armas las trampas y los lazos: estos últimos los manejan con tanta habilidad que con ellos cogen, según se dice, más avestruces, á pesar de la velocidad con que éstos corren, que los blancos con sus mejores carabinas y sus ligeros caballos. E. Mohr describe con la viveza que le es propia una batida en la cual tomaron parte algunos bosquimanos: nueve semihambrientos bosquimanos de Massara habían llegado á su campamento de Matabele para suplicarle que matara un par de piezas para ellos, pues los búfalos y los alces andaban muy cerca de allí. Tan decaídos estaban á consecuencia del hambre, que llevaban anchas correas atadas á sus arrugados y temblorosos cuerpos, cual si quisieran con aquéllas sostenerlos. «Estos nueve bosquimanos iban delante de nosotros en fila, á una distancia uno de otro de medio tiro de carabina, ó sean 200 pasos: todos llevaban la conocida larga lanza, y corrían de aquí para allí en zig-zag, sin que por esto se alterara en lo más mínimo la indicada distancia. Siguiendo esta táctica podían naturalmente ojear un espacio muy extenso. Ninguno decía una palabra: el hallazgo de un rastro fué sencillamente teleografiado por medio de un movimiento de lanza, con rapidez pasmosa á lo largo de la línea, y entonces todos buscaron con una movilidad y con una avidez que en nada merecían de las del perro que sigue el rastro del zorro. En el ala derecha se encontró una huella reciente de alce, é inmediatamente se juntaron los cazadores señalando con las lanzas la dirección seguida por el animal, afirmando que la

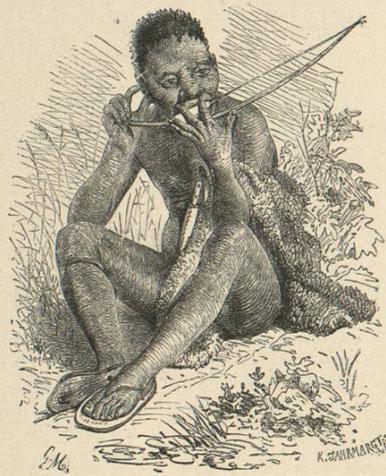
ancha pisada indicaba que éste estaba bien repleto y abrigando todos la seguridad de que había de encontrarse muy cerca de nosotros: por esto nos invitaron á que descabalgáramos é hiciéramos alto, procurando evitar todo ruido. En seguida, dos de ellos, los más jóvenes y ágiles, se adelantaron pesadamente y encorvados, sin hacer el más pequeño rumor, y con la elasticidad de la pantera se deslizaron arrastrándose por entre los matorrales y desapareciendo muy pronto de nuestra vista. A poco, volvieron con el mismo sigilo y con las mismas precauciones con que se habían alejado: cinco minutos después, los cazadores divisaban al animal, un magnífico toro, que estaba de pie á la sombra de un árbol. La pieza fué muerta y la tarde terminó naturalmente con una fiesta de los bosquimanos, cuyo número se había insensiblemente aumentado hasta treinta, con la llegada de sus familias y amigos. El cuadro que se ofrecía á la vista del observador era el siguiente: la horda de bosquimanos sentada alrededor de un gran fuego, con las cabezas y los rostros ensangrentados, pues habían llevado la carne sobre la cabeza, y devorando con avidez las tiras; los hombres y las mujeres se separaron bailando de un modo salvaje y cantando á gritos. Los vientres poco há vacíos estaban repletos y algunos individuos, enteramente hartos, tendieron en el suelo como perezosos é inflados cocodrilos.»

Su aptitud imitativa, notablemente desarrollada, pertenece también al grupo de las «dotes del débil.» La facilidad con que su lengua, flexible y acostumbrada á un idioma tan vario en formas, emite los más raros sonidos del lenguaje de los pájaros y los roncós tonos de los cuadrúpedos, les sirve de mucho para sorprender y coger á estos animales. Precisamente por su habilidad imitativa pueden los bosquimanos, con sus sencillísimas armas, obtener en la caza resultados que admiran á los europeos provistos de los más perfeccionados instrumentos mortíferos. Una de las cazas más famosas de este pueblo es la del avestruz, para la cual se colocan en la espalda un almohadón, á modo de silla de montar, adornado con plumas, que tiene clavados un cuello y una cabeza de dicha ave toscamente diseada: además se pintan las piernas de blanco para parecerse lo más posible á aquélla. Así ataviados y llevando en la mano izquierda el arco y las flechas, se acercan, siguiendo naturalmente la dirección contraria del viento, tanto como pueden á una bandada de avestruces, y sus movimientos son tan bien imitados que Moffat sostiene que á doscientos pasos de distancia no se nota el engaño. «Este pájaro humano, añade, finge pacer las hierbas, vuelve la cabeza, como si mirara fijamente, bate sus plumas, anda ora al paso ora al trote, hasta que ha llegado muy cerca de la bandada. Si ésta emprende la fuga, después de haber visto caer herido á uno de sus individuos, él también corre para repetir el juego. Algunas veces los avestruces machos persiguen á aquel pájaro raro, en cuyo caso ha de tomar grandes precauciones para que aquéllos no lleguen á olfatearle, pues entonces quedaría deshecho todo el encanto. Si alguno se le acerca demasiado, no le queda más recurso que echar á correr siguiendo la dirección del viento ó arrojar el armatoste para evitar á fuerza de ligereza un golpe que podría serle mortal.» Su aptitud para imitar los movimientos de ciertos hombres ó animales les sirve de diversión, y lo propio puede decirse de la que tienen para dibujar con lápiz y con colores las figuras de hombres y animales: los pocos restos que de estos dibujos se han conservado en las paredes de las abrigadas cavernas que les sirven de viviendas dan de la habilidad artística de los bosquimanos mejor idea que la que podemos formarnos de la de los indios por sus innumerables

garabatos pintados en las rocas. Desgraciadamente el número de los viajeros que se fijan en este detalle es muy reducido, siendo, además, fácil de comprender que los boers no son en ello muy inteligentes. En este concepto, es interesante el hecho de que cuando G. Fritsch quiso ver algunos de estos «dibujos» bosquimanos en Key-Poort, no fueron los boers, que tan cerca de allí habitan, sino un cafre de las cercanías quien le supo dar noticia del sitio en que se encontraban. Por lo que hace á estos dibujos, diremos que unos están pintados con los cuatro colores, blanco, negro, rojo y ocre, otros están vaciados en piedra arenisca y otros cincelados en piedras duras, representando, además de figuras humanas, un gran número de los animales más característicos de esta comarca, tales como el avestruz, diversas clases de antílopes, quaggas, babuínos y bueyes. La corrección de tales dibujos es notable, pues los objetos que representan se conocen fácilmente. Acerca de la antigüedad de los mismos no puede decirse cosa alguna concreta, pareciéndonos algo peligroso asentir á la afirmación por algunos sentada de que los dibujos que no representan la figura de algún europeo ó animal doméstico europeo datan de una época anterior al establecimiento de los europeos en aquellos territorios, es decir, de principios del siglo décimoséptimo, y que los demás son de fecha posterior. ¡No parece sino que aquellos bosquimanos se hubiesen sentido impulsados á perpetuar la figura de los europeos y de los animales que les acompañaban desde el momento mismo en que los vieron por primera vez! Además, hubo de transcurrir algún tiempo antes de que los europeos avanzaran tanto, desde sus primeras factorías de la bahía de la Tabla, hacia el interior, que se pusieran en frecuente contacto con los bosquimanos que en las comarcas interiores vivían. Se ha notado que con especial frecuencia aparecen en estos dibujos bosquimanos figuras de caballos, lo cual es un signo de la profunda impresión que en su ánimo produjeron estos animales por los europeos importados.

A este instinto, si no muy desarrollado por lo menos sorprendente, hacia el dibujo, vienen á unirse inclinaciones y aptitudes musicales que nadie podría esperar de aquel estado de rudeza. En esto el bosquimán se parece al hotentote. El bosquimán, dice Teófilo Hahn, posee cierto talento musical especial, que se manifiesta cuando cae en sus manos un violín viejo de los europeos ó cuando, á falta de éste, fabrica con una calabaza un instrumento de dos cuerdas que parece el embrión de aquél: con este instrumento primitivo produce sonidos no del todo desagradables y toca perfectamente algunas melodías que le han enseñado en la armónica algún errante legionario, algún viajero alemán, ó algún celoso misionero. Los graves sonidos de algunos himnos, tales como el *O Haupt voll Blut und Wunden*, «(¡oh cabeza llena de sangre y de heridas!),» *Ein Lammlein geht und trägt die Schuld* «(un corderito va y lleva la culpa),» *Wachet auf, ruft uns die Stimme* «(¡despertad! nos dice la voz),» los canta con el mismo entusiasmo con que canta el *Ach du lieber Augustin*, «(¡ay amada Augusta!),» el *My heart is in the highlands*, ó el *Long, long ago*. La letra de estos cantos no la entiende, pues aun prescindiendo del idioma, no tiene noción alguna de los impulsos de penitencia, del día del juicio final, del mal de amor ni del afán de querer, ni conoce «el corazón y los dolores.» Las melodías las aprende rápida y correctamente. Mi padre, dice más adelante el propio viajero, era misionero entre los hotentotes namaquás, é hizo algunas pruebas de cultivo de trigo en Aus, enfrente de Angra Pequeña: ayudábanle en su tarea los bosquimanos que allí vivían y para quienes era un verdadero

placer oírle cantar por la noche, acompañado de la armónica, algunos himnos. Con gran sorpresa del misionero, cantaron los bosquimanos á los pocos días las mismas melodías que le habían oído, con la misma letra, escrita en lengua holandesa, para ellos completamente ininteligible. La voz de esta raza es sumamente metálica. Dada esta aptitud, es natural que los instrumentos músicos formen parte integrante del ajuar del bosquimán: estos instrumentos son los mismos que encontramos entre los hotentotes, que participan también del sentimiento musical de los bosquimanos, y desde uno ú otro de estos pueblos, ó desde ambos, han sido transmitidos á otras tribus del Sud de África. Además del citado violín-calabaza, merecen ser mencionados el gora (véase el grabado de esta página) y un tambor que se improvisa con una piel estirada sobre un



Tocador de gora (según Wood)

cántaro con un poco de agua, ó sobre un bambú, y que se toca con los dedos.

En todos los pueblos naturales, la música está íntimamente enlazada con el baile. Las naturalezas musicales privilegiadas, de que á menudo encontramos ejemplos entre los bosquimanos y los hotentotes, hacen música algunas veces para su recreo particular, pero la función que en su vida representa la música es la de acompañar la danza. Los movimientos rítmicos de la voz han de estar estrechamente ligados con los del cuerpo, reforzándose mutuamente, para producir el supremo placer que les es dado gozar á estos pueblos faltos de tantas cosas. Burchell nos ha descrito minuciosamente una danza solemne de bosquimanos, que pocas veces habrán tenido los europeos ocasión de presenciar y que podemos calificar — como á las de otros muchos pueblos salvajes — de expresión de un desenfreno rayano en convulsión (véase en la pág. 93 un grabado que reproduce las carracas que se ponen en los pies para bailar).

Poco sabemos acerca de la vida de familia del bosquimán y esto se debe, no á que ésta, en el sentido en que la toman los pueblos civilizados, no exista entre aquéllos, sino á que la falta de trato íntimo con los europeos ha impedido conocerla á fondo. Por esto hemos de guardarnos de menospreciarla. El bosquimán llegado á la edad viril se procura una mujer, cuya adquisición tiene el carácter, no de compra, sino de presente. En tales uniones parece tenerse en cuenta la inclinación personal. La demanda de la novia suelen hacerla los parientes del joven, de cuyos presentes

son portadores: la aceptación de éstos equivale al asentimiento. Un gran festín y regalos hechos por los parientes y amigos del novio sellan el matrimonio. La fuerza y la habilidad del individuo deciden principalmente de la adquisición de la mujer que desea y de si puede llamar propias á varias mujeres, pues la poligamia está consentida. Sólo son impedimentos para el matrimonio los más próximos vínculos de parentesco de sangre, es decir los que unen á padres é hijos y á los hermanos entre sí. Ignoramos si el ingreso del adolescente en la edad viril se conmemora con algún acto especial ó con alguna solemnidad; parece, sin embargo, que por lo menos en una tribu, la de los kais, el adolescente ha de dar pruebas de su habilidad en el tiro y en la caza, matando y presentando algunas piezas, antes de que se le consienta tomar mujer. Los más débiles han de contentarse con las mujeres más viejas y menos solicitadas. Los buenos observadores afirman que las costumbres de los bosquimanos son menos disolutas de lo que Lichtenstein y otros han dicho, habiéndose, al parecer, cometido una exageración cuando se ha supuesto que ni siquiera en su idioma se hace distinción alguna entre muchacha virgen y mujer. Para el adulterio, según parece, no hay pena alguna, por lo menos grave. Los mismos bosquimanos han dicho á algunos europeos que la posesión de una mujer es, muchas veces, causa de muertes y homicidios, pero añaden que era cosa muy buena poseer la mujer de otro. La poca mezcla de bosquimanos con cafres corrobora la opinión de Chapman, de que las bosquimanas no consideran en manera alguna como un honor el unirse con sus señores. Por lo demás, el sistema de vida de los bosquimanos no es propio para fomentar un gran sensualismo.

Por lo que hace á la condición de la mujer, puede afirmarse que es una condición de inferioridad, consecuencia necesaria del sistema general de vida de este pueblo. La ley primera y más eficaz es, en este grado de cultura, la del más fuerte, y consecuencia de ello que la mujer, que es la parte más débil (á pesar de que ya hemos visto que las diferencias corporales entre uno y otro sexo son en este pueblo menores que en ningún otro), se encuentre en situación de sierva y aun de animal de carga. Las mujeres llevan, durante las emigraciones, además de la mayor parte de las provisiones, á sus hijos, y en los altos ó descansos han de cuidar del fuego, de la comida, del agua — cuyo hallazgo es á menudo tarea difícil — de los utensilios, en una palabra, de todo aquello que no se relaciona directamente con la caza. La afirmación hecha por cierto moderno descriptor de los bosquimanos de que la mujer es entre éstos una compañera de la vida y entre los cafres un animal de carga, tiene muy poco de exacta: la diferencia estriba en que entre éstos el hombre y la mujer han de sufrir penalidades, al paso que entre aquéllos el hombre puede abandonarse á la pereza. En ambos casos la mujer es la víctima; de aquí que, cuando escasean las provisiones, su ración sea la primera en ser acortada, y que los caprichos de los hombres se traduzcan en malos tratos en las personas de sus mujeres, que á menudo ocasionan la muerte de éstas. Si una mujer se debilita ó enferma hasta el punto de no poder seguir la marcha de sus compatriotas y convertirse en cosa inútil, se la abandona sin más ni más á una muerte casi segura, haciéndose lo propio con las que son demasiado viejas para este género de vida. En este caso se las deja un poco de agua en una corteza, un par de raíces y un pedazo de carne y se las abandona á su suerte, que pronto habrán de decidir las fieras. Pueden citarse algunos casos de generosidad conmovedora en la vida de los bosquimanos, pero la insensibilidad es la regla general. Se diría que en la manera cómo

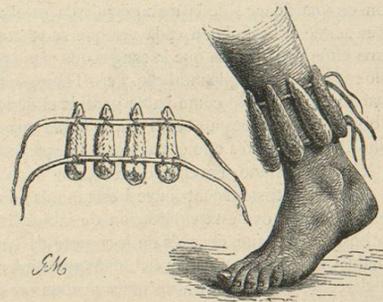
tratan las madres á sus pequeñuelos es donde aparecen más marcados los sentimientos humanitarios del corazón bosquimán, si no fuera que esto es simplemente la manifestación de la natural ternura que en el hombre, como animal, existe. La madre amamanta á sus hijos, por regla general, largo tiempo y además ya desde los primeros días les alimenta con raíces que ella misma les masca, con carne y con otros alimentos sustanciosos. Desde muy pequeños, les enseña también á mascar tabaco. Sin limpieza, sin cuidados, sin abrigo para su cabecita, y muchas veces expuesta completamente desnuda á los accidentes atmosféricos, crece esta pobre criatura para ser, desde niño, iniciado por su padre en los secretos del tiro, rastrear animales y buscar miel. Apenas puede correr el rapazuelo y ya un pájaro muerto es blanco de la flecha que le ha hecho el padre. El amor de la madre subsiste durante mucho tiempo cuando el hijo es ya adolescente y sabe, en caso de necesidad, defenderle. De ello es prueba el simple hecho de que las muchachas, que no pueden, como los jóvenes, reportar utilidad al padre, viven y prosperan á pesar de ello.

Por lo demás, el amor materno es un sentimiento tan natural que únicamente una vida como la del bosquimán, tan falta, al parecer, de sentimientos delicados, podía detenernos por un momento en este punto, para demostrar que en las ocasiones más importantes cuida la naturaleza del desenvolvimiento y conservación de los sentimientos necesarios. Teófilo Hahn refiere que una bosquimana se presentó á su padre llevando un niño muerto en los brazos é implorando misericordia: esta mujer refirió que su hijo estaba tranquilamente jugando delante de la cabaña, cuando de repente lanzó un grito, porque un león le había clavado las garras en el cuerpo y quería llevárselo. Saltar la madre por encima del fuego y coger á su hijo por las piernas fué obra de un momento, pero el animal en vez de soltar su presa la mordió con más fuerza y le desgarró las entrañas. Entonces aquélla cogió un tizón y con él quemó todas las crines de la fiera, que soltó por fin al niño; pero éste había ya muerto. Sucedió también que, en ocasión de un ataque enemigo, una madre abandonó á sus hijos, pero cortándoles antes precipitadamente un dedo con la esperanza de reconocerlos y rescatarlos más tarde. ¿No es conmovedor el hecho de que el único producto de la industria bosquimana, en cierto modo lujoso y elegante, sea el parasol que con plumas de avestruz hacen las bosquimanas para sus hijos? Se ha dicho que los bosquimanos no dan nombre alguno á sus hijos, afirmación que á primera vista parece conforme con su incivilización; pero en realidad es inverosímil, pues el dar nombre á las cosas es una necesidad natural independiente del grado de cultura. En algunos relatos se dice que los llamados «portadores de palos de nariz» del país de los namaqués designan á sus hijos por el nombre del lugar en donde nacen. Según Chapman, los grados de parentesco están perfectamente marcados desde el momento en que se mira con repulsión el incesto. Nada sabemos acerca del sistema de heredamientos. La aversión hacia el suegro y hacia la suegra, que tan peculiar es de los cafres, la encontramos también entre los bosquimanos.

Acercas de las relaciones sociales y políticas de los bosquimanos, muy poco puede decirse, pues éstos se acercan más que casi ningún otro pueblo natural á un grado que el sociólogo designa como propio del más crudo individualismo. Si los lazos que unen á las familias son flojos, mucho más lo son los que existen entre las tribus, de cuya cohesión no encontramos á menudo otros signos que el nombre y el dialecto común á sus miembros. Algunas, aunque pocas veces, sucede que varias familias se reúnen cons-

tituyendo una aldea, en la cual se proclaman jefes los hombres más respetados é influyentes. De ello no nacen organizaciones duraderas. Por lo demás, debemos mencionar aquí la circunstancia de que la rapidez con que su número disminuye dificulta todavía más la reunión en grandes comunidades: en tiempos mejores, quizás poseían una más completa organización de tribus: en efecto, prescindiendo aún de la supuesta gran tribu bosquimana de los husuanas citada por Levillant — tribu que indudablemente no era de bosquimanos — podemos recordar el dato suministrado por Sparrmann respecto de grupos de bosquimanos que se componían de millares de familias.

Sabido es que la religión está íntimamente enlazada con el estado general de la cultura de un pueblo; de aquí que no podamos esperar encontrar entre los bosquimanos grabadas de una manera clara y consecvente las ideas del Ser Supremo, de la subsistencia del alma humana después de la muerte corporal, de los principios naturales y otras analogías que despierta aun en los espíritus más sencillos la más



Carracas de baile (según Wood)

rudimentaria consideración acerca de las cosas y los sucesos. Los bosquimanos tienen ideas religiosas, pero carecen de religión en el sentido elevado en que esta palabra se toma. La duda que abrigan algunos espíritus pesimistas, acerca de si puede haber en ese pueblo impulsos religiosos, se resuelve teniendo en cuenta que el individuo aislado no puede levantar la cabeza muy por encima del torrente de miseria en que se encuentra sumido para pensar más allá de las necesidades diarias de su vida; y que un hilo de tradiciones se ha ido desarrollando hasta hoy al través de las generaciones, uniendo entre sí varias huellas de ideas religiosas. En el año 1861, año de extraordinaria sequía, pereció en el país de los damaras un número considerable de piezas de caza y de cabezas de ganado, y en aquel entonces dijo un bosquimán á Baines: «El Supremo mata la comarca.» La palabra «Supremo» ó caudillo no la tomó el salvaje de su idioma, sino del de los sitchuanas. ¿Quién deducirá de este hecho que el uno reconocía un Dios y el otro no? Los nombres no prueban aquí cosa alguna. Todos los bosquimanos, sin excepción, llevan amuletos, con los cuales piensan evitar los malos espíritus ó ser afortunados en sus empresas. Para conocer la voluntad de los espíritus consultan con los dados: un bosquimán que acompañaba á Livingstone, tiró su dado y manifestó que el espíritu le ordenaba volverse atrás. Como todos los demás pueblos sud-africanos, buscan los bosquimanos en ciertos animales la personificación de algunas cosas que no comprenden bastante bien: así por ejemplo, hay una tribu que no come carne de cabra, á pesar de ser éste uno de los animales domésticos que más en ella abundan. Otros adoran el antílope,